

# De Media Luna a Santiago. La trayectoria pedagógica de Adolfina Cossío



*Giselle María Méndez Hernández*

La Universidad, como las casas viejas, tiene sus aparecidos, su eco en los pasillos, sus pasos que regresan aun cuando el tiempo parece que no mira atrás. Tras el chirrido de una puerta es posible, si no se teme a los misterios de la remembranza, escuchar el *tac tac* de las palmadas con que Adolfina palmoteaba los versos de Guillén.

Los pupitres marcados, la media luz de un ventanal, eran el escenario de sus amaneceres junto a un hombre con quien decía traicionar a su esposo. Sus estudiantes quedaban atónitos cuando en la clase hacía estas revelaciones, pero se sacudían el peso de la complicidad en cuanto ella nombraba al susodicho: Benito Pérez Galdós, el novelista español que le podía robar el sueño con una lectura interminable.

Se han agrietado las pizarras, se han desteñido y han vuelto a pintarse las paredes, se han hecho adultos los jóvenes de entonces, y aún son comidilla aquellos exámenes en los cuales Adolfina preguntaba el color de los zapatos que usaban los actores del teatro griego.

Anécdotas como éstas, hicieron de ella un mito en la Universidad; un mito que se propagaba desde que se volteaba para escribir su nombre, extenso y novelesco: Adolfina Herminia de la Caridad Cossío Esturo. Quienes al paso de los años la evocan, aseguran que sus vidas no hubieran sido las mismas de no haberla tenido frente al aula. Los alumnos de la Escuela de Letras en particular, albergaban el privilegio de tener ante sí a una maestra que era, aun tiempo, magistral y jocosa, exigente y auténtica. Algunos llevan marcado todavía el asombro de otra confesión: la Cossío tenía linaje mambí.

Sus padres fueron Elvira Esturo Izaguirre y Randolpho Cossío de Céspedes, nieto de Pedro de Céspedes y sobrino-nieto de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria. El nombre le venía de su tía-abuela Adolfina de Céspedes y de su abuela Herminia, a quienes había escucha-

do contar, desde niña, la historia de los preparativos del alzamiento con que dieron inicio en Cuba las guerras por la independencia.

Fue este lazo de consanguinidad con la familia Céspedes del Castillo, lo que motivó su primer acercamiento a la investigación histórica. “Verdadera fecha del inicio de la Guerra de los Diez Años” –su tesis en opción al grado de Doctora en Pedagogía– pautó el inicio de una trayectoria en que se fusionaron el magisterio y el quehacer investigativo. Aun cuando en sus páginas se lamentaba de no haber tenido madurez intelectual suficiente para conservar íntegro el testimonio de aquellas mujeres mambisas, otros textos se hicieron eco con posterioridad de esas memorias. *El alzamiento del 9 de octubre en Macaca e Historias y leyendas de la familia Cossío-Céspedes* compilan interesantes hazañas y revelaciones, que impresionarían al lector contemporáneo.

Así como la lectura de sus textos permite develar pasajes inexplorados de la Historia de Cuba, el estudio de la trayectoria de Adolfinia Cossío, como maestra, conduce a pautar antecedentes de la pedagogía cubana en el período neocolonial, y a profundizar en las reformas educativas llevadas a cabo después del triunfo de la Revolución.

Luego de que en 1928 se graduara de maestra normalista en Santiago de Cuba, comenzó a trabajar en una escuela rural de grado múltiple, de Gorito. En aquel sitio perteneciente al Distrito Escolar de Niquero –casi en las faldas de la Sierra Maestra– se inició su vida profesional.

En 1930 regresó a Media Luna, el pueblo en el que, desde los diez años de edad, vivía con su familia y de, algún modo, bajo la tutoría de Manuel Sánchez Silveira, el padre de Celia Sánchez Manduley. La biblioteca de este hombre impresionó a Adolfinia, cuando siendo una niña lo conoció. Hasta entonces no había recibido más que la instrucción de su madre, quien la enseñó a leer y a escribir en la finquita donde antes vivían. Pero de pronto, se vio envuelta en las meditaciones de Virgilio, Marco Aurelio, Séneca, y nunca más volvería a transcurrir un día sin que tomara un libro entre las manos.

La vida le permitió devolver aquel gesto cuando entre sus alumnos tuvo a Celia. Al regresar de Gorito –con tan solo veinticuatro años de edad– a la Cossío le fue confiada la dirección de la escuela urbana de Media Luna, un local que contaba tan solo con tres aulas y ocho pupitres, a pesar de que los índices de analfabetismo y subescolarización del pueblo eran altos. En cierta ocasión en que la matrícula se elevó a ciento diez alumnos, la nueva directora implementó una alternativa sin precedentes en la región: cada estudiante debía llevar su propio asiento a la escuela, no importaba si un taburete o un cajón. A esta iniciativa se le conoció como Plan Media Luna, y permitió disminuir el analfabetismo de los niños en edad escolar.

Entre los que atravesaban los caminos con una silla a cuestas, estaba Celia. La amistad con Manuel Sánchez Silveira hizo que Adolfinia sintiera hacia ella un cariño especial, e iba cada sábado a recogerla para pasar un rato juntas; de modo que se convirtió para la niña en la "maestra Cucha", y Celia devino al mismo tiempo su alumna más rebelde. Uno de aquellos sábados cuando pasó a buscarla, la pequeña se negó a salir del cuarto. Sólo después de escuchar a la abuela, Adolfinia comprendió el porqué de esa actitud: Celia había sido la responsable de una huelga, a la que acabó sumándose toda la clase.

Cucha recordaba bien aquel suceso: ninguno de sus estudiantes había respondido la tarea, y ella los reprendió diciendo que en vez de ir a la escuela a perder el tiempo, era preferible que se quedaran en casa ayudando a sus madres. Entonces, Celia fue de puerta en puerta convocando a todos a faltar a la escuela. Mientras su abuela hacía la historia, la niña escuchaba llorar desconsolada a la mujer que tanto empeño había puesto en la instrucción del pueblo. Y enseguida salió, otra vez de puerta en puerta, para suspender la huelga.

A pesar del mal rato, Adolfinia vivía orgullosa de haber sido la persona con quien Celia diera muestras tempranas de su rebeldía y su capacidad para aunar a las masas. La maestra que en una humilde escuelita de Media Luna enseñara las primeras letras a quien los cubanos identificarían luego como "la Flor más Autóctona de la Revolución", nunca pudo sobreponerse al dolor de que su alumna muriera antes que ella.<sup>1</sup>

Pero en la fecha en que la Cossío ideó el Plan Media Luna, aún le quedaban muchos sábados que compartir juntas. No obstante la decisión que había adoptado, a la joven directora que era entonces le resultaba imposible resignarse a las condiciones en que recibían clases los niños. La escuela era un local en ruinas y en cualquier momento podía desmoronarse.

Esa preocupación la mantenía intranquila. Todas las mañanas, cuando se asomaba a las aulas y miraba el techo hendido y a los niños apoyando el cuaderno sobre las piernas, pensaba en cómo resolver tal situación. Finalmente, se le ocurrió una idea que sólo podía ser llevada a la práctica con la ayuda de todos: construir una escuela nueva.

En su afán por consumir aquel sueño, Adolfinia convocó a una reunión entre los padres, maestros y vecinos del pueblo. El proyecto fue acogido con entusiasmo: unos aportaron materiales; otros, dinero; los obreros a quienes se les pagaba apenas dos meses de trabajo en la zafra, contribuyeron con la mano de obra.

En septiembre de 1943 fue inaugurado el Centro Escolar de Media Luna, en el contexto de la apertura democrática que se produjo en Cuba

durante ese período. Adolfina consiguió que le fuera permitido instalar una Primaria Superior en el segundo piso del recién inaugurado edificio, lo cual posibilitó elevar hasta el octavo grado el nivel de escolaridad en Media Luna.

Por las calles del pueblo, en otro tiempo, se vio a los niños arrastrando banquetas, taburetes y hasta cajas de cartón para la escuela; ahora se les veía regresar, más robustos y altos, con luces de Matemática en los ojos, o de Historia de América, o de Música, a pesar de que los profesores eran sólo nueve e impartían diversas asignaturas.

Pero había padres que no podían ayudar a sus hijos con las tareas, porque ni siquiera sabían leer. Adolfina se propuso entonces alfabetizar a los adultos, con el mismo empeño que había puesto en la enseñanza de los niños y jóvenes. Por las noches, las aulas del segundo piso permanecían encendidas. Gracias a los profesores —que accedieron a impartir gratuitamente las clases— y a la colaboración de los mejores alumnos de la Primaria Superior, también a los obreros se les veía regresar de la escuela, con una letra nueva temblándole en el pulso de la mano.

Adolfina era a un tiempo maestra y gestora, fue la persona a quien un pueblo entero debió su nivel de instrucción. Durante los veinticinco años en que ejerció el magisterio en Media Luna, resultó seleccionada en dos ocasiones para recibir el Premio Baire, distinción que se otorgaba al Mejor Maestro del Distrito Escolar.

Cuando en 1954 decidió trasladarse a Santiago de Cuba —debido a un incidente ocurrido con su esposo en la Beattie Sugar Company, de la que era trabajador—, los pobladores organizaron un homenaje en su honor.<sup>2</sup>

Regresaría, pues, a Santiago, donde guardaba una amistad entrañable con Max Henríquez Ureña, el intelectual dominicano que devino promotor cultural de la ciudad; guardaba también el naranja de los atardeceres que se veían desde la colina donde estaba ubicada la escuela. Pero la ciudad que reencontró no tenía mucho de aquella estancia sosegada, sino que, por el contrario, se había convertido en el epicentro de la actividad insurreccional contra la dictadura de Fulgencio Batista.

La Cossío, de estirpe mambisa, junto a su esposo integró el Movimiento de Resistencia Cívica, repartieron propaganda entre los miembros de una célula que fundaron juntos, ocultaron a jóvenes perseguidos que Silvia Sánchez Manduley —hermana de Celia y también alumna suya— llevaba a su casa. En varias oportunidades hospedaron también a periodistas extranjeros, interesados en divulgar la realidad de la situación política en Cuba.

Durante los carnavales de 1955, ambos fueron detenidos por el capitán Agustín Labastida, jefe del Servicio de Inteligencia Regimental

(SIR). Aunque sólo permanecieron una noche encerrados en el cuartel Moncada, al día siguiente miembros del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) registraron su casa. Sin embargo, las sospechas que pesaban sobre ellos se disolvieron, porque no fueron encontradas las numerosas copias de *La Historia me absolverá* que guardaban los estudiantes que allí se hospedaban.

Antes de que Adolfinia saliera del pueblo, sus amigos le habían sugerido que abriera en Santiago una casa de huéspedes, para que se alojaran los muchachos de Media Luna que fueran a estudiar a la ciudad. Esa idea la materializó gustosa, y en su casona colonial de la calle Heredia no. 66, llegó a tener alojados hasta doce estudiantes. La casa, de patio interior amplio y cuadrado, funcionó además como escondite para que Celia y Randolpho Cossío –el hermano menor de Adolfinia, infiltrado en las Fuerzas Aéreas del Ejército de la dictadura batistiana– pudieran intercambiar información secreta.

Desde el sigilo de sus acciones clandestinas, Adolfinia contribuyó al triunfo revolucionario que en enero de 1959 puso fin a esa niebla de terror en que había encontrado envuelta a Santiago. Su prestigio como educadora y el precedente de su labor pedagógica en Media Luna, propiciaron que le fuera ofrecido el cargo de Directora Municipal de Educación en esa ciudad.

Nunca se me olvidará una anécdota que me impresionó muchísimo. Hablando con Armando Hart, entonces Ministro de Educación, manifesté mi preocupación porque las escuelas y los alumnos no concordaban. No había pupitres y con la campaña de Fidel, todos los niños se iban a incorporar. Hart se echó a reír y dijo: "Doctora, ¡qué hermoso problema!". Reaccioné. Era verdad. Tenía que estar muy contenta de que hubiera muchos niños, y no preocuparme.

De tanto pensar, se me encendió el bombillo. Me acordé del "Plan Media Luna". Llamé a todos los directores e inspectores y los empecé a que no me rechazaran a ningún muchacho. Si tenían 25 pupitres y 50 muchachos, no importaba. "Les dicen a los alumnos que vengan con su asiento. Da igual un taburete, que un cajón. ¡Pero que vengan!"<sup>3</sup>

Gracias a esa iniciativa echó a andar en Santiago de Cuba el curso 1959-1960, en circunstancias que hasta al ministro le resultaron preocupantes. Luego de aquella conversación, Hart autorizó 110 créditos de aulas para el municipio. Pero las transformaciones de la propiedad recién

comenzaban y, aunque las escuelas no daban abasto, no era posible adueñarse de cualquier local privado para convertir sus habitaciones en salones de clases: "[...] ¿dónde yo encontraba 110 aulas?"<sup>4</sup> Otra vez, el destino la retaba al hallazgo de una alternativa... y otra vez la encontró. En Santiago no había maestros suficientes, pero en los campos muchos estaban deseosos de cooperar con la alfabetización en las ciudades. Adolfiná les hizo entonces un llamado a trasladarse, con el requisito de que buscaran un local para las clases: "[...] en la sala de una casa, en el sindicato, en un portal, donde sea".<sup>5</sup>

Seis meses después, comenzó a desempeñarse como subdirectora provincial de Enseñanza Secundaria Básica en la provincia de Oriente, cargo en el que se mantuvo durante el curso 1960-1961. En esa etapa se iniciaron en Cuba las nacionalizaciones, y la Cossío pudo llevar a la práctica su anhelo de convertir en públicas las escuelas privadas. Las 28 secundarias que había en Oriente cuando le fue asignada esa responsabilidad, se multiplicaron hasta 98.

Al curso siguiente comenzó a trabajar como profesora de Español en el Instituto Preuniversitario "Cuquí Bosch". Tenía ya cincuenta y cinco años, pero, a esa edad, terminó de estudiar su tercera carrera universitaria: Filosofía y Letras. Luego, en la Universidad de Oriente le ofrecieron ser profesora de Latín; durante algunos meses simultaneó esa plaza con su trabajo en el Preuniversitario hasta que, ya para siempre, la casa de altos estudios la absorbió.

En los cursos que sucedieron, impartió Literatura Española, Literatura Hispánica, Literatura General y Poesía Hispánica Contemporánea. Entre 1964 y 1968 fungió como decana de la Facultad de Humanidades y luego, varias veces, como jefa del Departamento de Literatura. En 1975 fue electa Delegada al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, al que había ingresado desde 1972, año en que también fue seleccionada Trabajador Ejemplar. En el curso 1974-1975 fue reconocida como Mejor Trabajador Básico de la Universidad de Oriente y en 1976, nombrada Heroína Nacional del Trabajo, condición que recibió de manos del propio Fidel Castro, Comandante en Jefe de la Revolución cubana. Ese mismo año, pasó a formar parte del Consejo Científico Universitario. Además, fue miembro de la Comisión de Investigaciones y de la Asociación de Amistad Cuba-URSS.

En 1979 llegó a ser Maestra Cincuentenaria, pero aún le quedaba camino por recorrer. El 14 de marzo de 1980 fue investida con la categoría Profesora de Mérito, y se convirtió así en la primera que ostentó esa condición en la Universidad de Oriente, lo cual interpretó: [...] aparte de la natural satisfacción que esta distinción tiene que producirme en el

orden personal, veo también, con aún mayor satisfacción, que esto es a la vez un triunfo para nuestra Universidad, para nuestra amada ciudad de Santiago de Cuba, para nuestra Revolución".<sup>6</sup>

Adolfina integró, pues, la vanguardia intelectual de la segunda mitad del siglo XX en Santiago de Cuba. Desde el ejercicio de la Pedagogía, y en el contexto del crecimiento cultural que trajo consigo el triunfo de la Revolución, desarrolló una amplia labor investigativa, centrada en lo fundamental en temas literarios e históricos. La mayor parte de sus textos aparecen compilados en publicaciones que constituyeron un espacio para que los intelectuales crearan, expusieran sus criterios, polemizaran y divulgaran el acontecer artístico-literario de entonces. *La Revista de la Universidad de Oriente*, y otras como *Cultura '64*, *Mambi*, *El Caserón* y *Santiago*, se hicieron eco en sus páginas de su producción intelectual.

Para traerla desde el pasado, sin embargo, no hay que acudir a currículos ajados o a autobiografías engavetadas. Su recuerdo pervive en la memoria de quienes la conocieron, de quienes la escucharon palmotear los versos de Guillén, o confesar que traicionaba a su esposo... porque amaba a Benito Pérez Galdós.

La historia de la Universidad ha de reservar necesariamente entre sus páginas, un espacio al magisterio de Cucha, la Docta, la Cossío. Como en las casas viejas es posible, si se aguza el oído, escucharla llegar acompañada de los actores griegos, o de la caballería de su bisabuelo mambi.<sup>7</sup>



## Notas

<sup>1</sup> Aida Bahr recuerda: "Cuando murió Celia, nadie se atrevía a decírselo. Ella estaba trabajando en el Departamento, y todo el mundo afuera discutiendo cómo iban a decirle que habían dado la noticia. Mientras estaban todos tratando de ponerse de acuerdo, pasó una profesora de otro Departamento, se asomó a la puerta, vio a Adolfina trabajando y le dijo: '¡Ay, Doctora! ¿Se enteró de que murió Celia Sánchez?' Se puso tan mal, que le subió la presión y tuvo que irse. Cuando se jubiló, cosa que hizo porque realmente su salud estaba muy resentida, ese golpe emocional fue muy negativo para ella". Entrevista realizada por la autora a Aida Bahr Valcárcel, Santiago de Cuba, 1. de abril del 2007.

<sup>2</sup> Sobre esto dejó su testimonio: " Pero yo imaginé un acto sencillo y modesto, jamás soñé con que tomara tantos vuelos. Aunque traté de no enterarme de ningún detalle, ya que adoro las sorpresas, siempre hubo alguno que se filtrara hasta mí y me ha emocionado profundamente el saber de tantas personas que han hecho sacrificios de su tiempo, de su actividad o de su bolsillo para proporcionarme la emoción inolvidable de este Homenaje que yo, Señores, allá en el fondo de mi conciencia, no estoy segura de merecer. Sin embargo, hoy lo acepto con orgullo porque quiero interpretarlo como un Homenaje que honra en mí, no a la mujer, sino a la maestra". Adolfina Cossío Esturo: *Discurso pronunciado por la insigne educadora Adolfina Cossío Esturo de Bermúdez con motivo del homenaje que el pueblo de Media Luna rindió en su honor por su meritoria conducta, por sus desvelos y su gran preocupación por la enseñanza.*

<sup>3</sup> Heidy González Cabrera. "Adolfina, un caudal de voluntad", en revista *Mujeres*, no. 6. junio, 1980, p. 8.

<sup>4</sup> *Ibidem.*

<sup>5</sup> *Ibidem.*

<sup>6</sup> Adolfina Cossío Esturo: *Palabras de Adolfina Cossío en el acto de investidura como Profesora de Mérito.*

<sup>7</sup> Para ampliar sobre el tema recomendamos la consulta de: Heidy González Cabrera: "Adolfina, un caudal de voluntad", en revista *Mujeres*, no. 6. junio, 1980. pp. 6-8, Yamile Haber Guerra, Resolución sin número para volver a la vida. *Sierra Maestra*, Órgano Oficial del Comité Provincial del Partido Comunista de Cuba, Santiago de Cuba, 18 de mayo de 1992, p. 1, Mercedes Cathcart Roca, "El magisterio de Adolfina H. Cossío Esturo en revista *Santiago*, no. 99, a. 2003. pp. 157-164. en [www.ict.uo.edu.cu/html/rs.htm](http://www.ict.uo.edu.cu/html/rs.htm). Revisado: enero, 2007, Enrique I. Cela, "Es una obligación aprender cada día" en *Sierra Maestra*, órgano oficial del Comité Provincial del Partido Comunista de Cuba, Santiago de Cuba, 5 de febrero de 1981, p. 2, Aida Bahr Valcárcel, "Una vida dedicada a la educación" en *Mambí*. N. 4. Noviembre-Diciembre, 1976, pp. 16-17.